

LECTURA EN **IMAGINACION**



EN EL NIÑO



Dr. BERGE

Parece ser que la imaginación y el papel que ésta desempeña en la literatura infantil ha sido «puesta en la picota». En realidad, todo arte y toda literatura atraviesan diferentes períodos en los que distintas corrientes les arrastran alternativamente: a períodos de realismo se suceden períodos de estilismo; una época de naturalismo precede a un período de ficción, etc.

Las dos tendencias que se enfrentan, tanto en las artes plásticas como en la literatura, suponen, por una parte, la fidelidad al objeto exterior, es decir, a la realidad objetiva; y por otra, el predominio concedido al objeto interior, es decir, a lo que se encuentra en el espíritu, que constituye lo que podría llamarse realidad subjetiva.

Se ve así que, a pesar de una aparente oposición, las creaciones imaginativas se sitúan en la misma categoría que las producciones del pensamiento abstracto, pues unos y otros forman parte de la misma realidad interior.

La evolución de la literatura infantil, ¿está sometida a la misma alternativa que la evolución literaria en general? Ciertamente, sí, pero quizá más de hecho en el adulto que en el niño.

la influencia del adulto sobre el gusto de los niños

En el dominio de la literatura infantil el problema se encuentra, en efecto, un poco falseado porque no son los niños quienes escriben los libros para la infancia. La intervención del adulto se manifiesta en la composición de los libros para niños, lo mismo que en la elección de estos libros, puesto que es él quien tiene el poder de comprarlos. El gusto del muchacho está, pues, orientado según los gustos variables de las personas mayores, y es raro que el niño consiga imponerse a

los adultos, en el caso en que sus gustos fueran opuestos. Existe, sin embargo, una excepción a esta regla con las narraciones, por ejemplo, de "Tintín", que, reclamadas por los chicos, acaban por ser leídas por los padres, a pesar de cierto prejuicio desfavorable, en principio, por parte de éstos.

Pero, habitualmente, los niños son dóciles al gusto de los adultos; sucede, incluso, que no se atreven a leer un libro que sus padres miran con demasiado desprecio. Recuerdo el caso de un niño que,

estando enfermo, deseaba que su madre le leyese en voz alta un libro cuya puerilidad desagradaba a ésta. Ante la opinión materna, el chico declaró que este libro no le interesaba; pero cuando la madre, sospechando que este desinterés no era normal, dijo al niño que tenía derecho a encontrar la obra divertida, incluso aunque ella no estuviese de acuerdo, inmediatamente manifestó el muchacho una gran alegría por leer lo que las personas mayores habían juzgado como tonterías.

Esta actitud del niño, que no afirma sus gustos de forma perentoria, falsa toda encuesta acerca de los niños y el tema de sus lecturas. No creemos que un muchachito pueda tener una opinión válida sobre este tema. Es hacer un uso tendencioso de los conceptos de los adultos, conceptos de "valor" y de "interés", incomprensibles para los lectores demasiado jóvenes. El niño sabe lo que el adulto espera de él como respuesta. Conozco a muchos chicos que, en la distribución de premios, eligen el libro que suponen agradará a su profesora.

El utilitarismo pedagógico.

El adulto está, a veces, preocupado por el utilitarismo pedagógico en lo que concierne a las lecturas infantiles. Sobre el concepto de la utilidad y del objeto a alcanzar (según los casos, moral, social, intelectual, etc.) no tenemos más que abrir un debate que sería demasiado vasto. Pero se trata de saber si se debe admitir el principio del utilitarismo pedagógico de la lectura bajo una forma exclusiva que conduciría a rechazar, en principio, toda clase de literatura infantil recreativa.

Literatura recreativa y literatura instructiva.

Brauner escribe: "El divorcio entre lo recreativo y lo instructivo no es más que artificial. Nuestra literatura tendrá un carácter de verdad absoluta, es decir, que no desmentirá la realidad en ningún momento."

Pero el papel de la literatura para niños, lo mismo que para adultos, ¿es el de no desmentir la realidad en ningún momento? Lo mismo que la pintura, ¿debe también representar fielmente la realidad o dejar este papel a la fotografía, cuando, ésta misma, busca liberarse de ella?

Lo que muchos adultos y educadores censuran en este "ataque" es la imaginación, esa "loca de la

casa" que está lejos de inspirar una confianza absoluta.

¿Cuál es la causa de este utilitarismo pedagógico, de esta necesidad de servir de los libros infantiles para inculcar, a todo precio, unos conocimientos y una moral si no, incluso, una ideología?

El adulto, padre o educador, desconfía de la fantasía, de la imaginación, de lo recreativo en estado puro porque, por ahí, el niño se "escapa". Es verdad que cuando un chico se apasiona por un libro, se evade de la realidad. ¿No es esto peligroso, no va a relajar su esfuerzo en el colegio?

A veces, la lectura es deseada por los padres a causa de la ortografía, la sintaxis, de los conocimientos a adquirir; hasta el momento en que apasiona a su lector. Entonces temen que el niño sea "atacado" por la lectura, lea demasiado o no lea lo que ellos querrían. "No lee más que tonterías", dicen los padres cuando ven a su hijo sumergido en la lectura de "tebeos" que ellos juzgan estúpidos, con razón o sin ella.

Las necesidades reales del niño.

Sin embargo, una actitud de pedagogía verdaderamente científica exigiría que, en lugar de hacer esta crítica superficial, se intente comprender lo que agrada a los chicos, cuáles son sus necesidades reales y no las que les atribuyen, "a priori", los adultos. Si el niño se siente atraído hacia tal forma de literatura infantil, que nos convence poco, la causa es, sin duda, que la elección del chico corresponde a una necesidad profunda, diferente de la que nosotros le atribuimos.

Debemos preguntarnos si el libro para niños tiene un sentido y una razón de ser ajenos a los fue-instructivos y moralizadores perseguidos por el adulto. Es decir, un sentido no ya en función de los conocimientos a adquirir o de las ideas a inculcar, sino en función del niño y de sus necesidades personales, con vistas a su maduración intelectual, afectiva y moral.

Es preciso hacer tres observaciones.

1) El libro que tiende a inculcar ideas, incluso válidas, por medio de una narración inventada, es el único que se puede acusar verdaderamente de mentira; pues es lo mismo mentir que querer probar lo verdadero con lo falso.

2) ¿Existe, sobre todo para los niños (e incluso para los adultos) una literatura no ficticia? Literatura realista no significa literatura sin ficción. Esto es particularmente cierto en lo que respecta a los niños, que son capaces de fantasear con su imaginación sobre los relatos más realistas en apariencia. Es suficiente una palabra que ellos no comprenden (y que son libres de interpretar según su fantasía) o una expresión desconocida que ellos toman al pie de la letra.

Los libros que poseen en escena animales o niños de países lejanos poseen, también, para los pequeños lectores, un encanto de irrealidad, porque esta realidad que se les describe está, para ellos, fuera del dominio de las cosas cotidianas.



3) Las novelas llamadas científicas—a lo Julio Verne—no son más que una variante de cuentos de hadas para uso de los mayores, cuyas exigencias racionales son más imperiosas. En efecto, se trata de un mundo de hadas racionalista que buscan de nuevo muchos adolescentes, sedientos de anticipaciones de viajes interplanetarios. Ellos reclaman una apariencia de explicación científica por la que nadie se deja engañar por completo. Los detalles reales, concretos que corresponden a un mundo conocido, sólo sirven aquí para dar más ilusión a la ficción.

Función de la literatura imaginativa para el niño.

A). La más inmediata es el satisfacer la necesidad de evasión, de pasar a un mundo que compensa las dificultades y las inquietudes del mundo real en el cual vive.

Algunos libros describen un tipo de niños que realizan proezas y se muestran mucho más astutos que los adultos; constituyen una valorización del niño, que debe soportar en la vida corriente el ser pequeño, el tener que obedecer, el de contar como poca cosa. Al identificarse con un héroe infantil, el niño olvida sus servidumbres y encuentra una compensación a su debilidad.

Si esta evasión fuera de lo real puede llegar a ser nociva cuando rebasa ciertos límites, permite, en revanche, cuando es moderada, que el niño se habitúe progresivamente a la realidad, a afrontarla y superarla en varias etapas. Como se hace cuando queremos penetrar en el agua muy fría o muy caliente, entrando y luego saliendo varias veces.

El niño suele rechazar los conocimientos ofrecidos por el adulto; antes de admitirlos, trata de mantener sus teorías personales sin parecer recordar lo que se le ha dicho... Así, por ejemplo, cuando se entera de que el bebé está en el vientro de la mamá, sucede que, de vez en cuando, habla del almacén donde se compran los bebés.

Hay en el niño una necesidad de mezclar lo ficticio con lo real, como para acostumbrarse a la realidad y asimilarla progresivamente. Parece que él actúa, algunas veces, como una especie de resistente para llegar a superar las dificultades que la vida le plantea.

B) Esta necesidad, no de huir de lo real, sino de superarlo progresivamente con la ayuda de la imaginación, encuentra satisfacción no solamente en la lectura, sino en todas las otras formas de actividades libres. Que lea o no, el niño utiliza la fantasía, los juegos imaginativos. Todo es inventado,



incluso impresiones tan desagradables como el miedo, para jugar con ideas y con situaciones que se imagina, en las cuales se sitúa. El chico siente la necesidad de experimentar sus posibilidades, sus sentimientos, sus emociones; y lo hace en lo imaginario, a fin de prepararse a ello con una cierta seguridad.

En resumen, se observa en el niño una oscilación constante entre lo que es verdad y lo que no lo es. Cuando se le cuenta una historia, pregunta siempre: "¿Es eso verdad?" Esta pregunta importante indica que él tiene necesidad de determinar la frontera que separa la realidad exterior de "su" realidad interior.

Este gusto por la ficción no es una depravación, es, por el contrario, una primera etapa del espíritu que supera lo concreto y lo conduce a las figuraciones y a los símbolos, a través de los cuales el niño comprenderá mejor la realidad.

C) Por medio de la imaginación se llega a la adquisición de la inteligencia conceptual, porque ella enseña a integrar en sí un cierto número de objetos, de imágenes, de sentimientos; a manipularlos, a acostumbrarse a ellos, a asimilarlos. De tal manera, que es por lo ficticio como se prepara el niño para adquirir las nociones abstractas necesarias para el ejercicio de la inteligencia.

D) La literatura de ficción presenta, en general, a los niños una realidad psicológica esquemática y, a veces, caricaturesca; pero esta forma misma de acentuar y subrayar ciertos rasgos para crear unos tipos más definidos responde, sin duda, a una necesidad del espíritu infantil que aprende así a diferenciar los personajes cuyos contornos, sin eso, se desdibujarían fácilmente.

Antes de discernir matices, es necesario adquirir una noción clara de la diversidad de individuos que pueblan el mundo y tomar conciencia de lo que cada uno representa. Así, lo cómico, incluso un poco exagerado, de las historias imaginarias para uso de los niños, encierra, indudablemente, una lección psicológica sencilla, pero útil... y más sutil, después de todo, que la que nos proporcionan los relatos moralizadores donde los humanos parecen divididos en dos categorías: los buenos y los malos.

E) El libro infantil contribuye a la adquisición de la madurez afectiva, porque la ficción hace posible la experimentación de los sentimientos e incluso la busca de soluciones a los problemas personales. Es así como los cuentos de hadas, las leyendas folklóricas tienen generalmente una significa-

ción profunda. Unos y otros nos sorprenden algunas veces porque no están siempre en muy perfecta armonía con la moral corriente, tal como se trata de inculcarla en los niños; pero poseen casi siempre un sentido simbólico y reproducen, bajo una forma disfrazada, conflictos universales que tienen sus raíces en lo inconsciente primitivo.

Lo mismo que la tragedia griega ha ilustrado, con "Edipo", un conflicto de relaciones familiares (complejo bien conocido actualmente), los cuentos de hadas y leyendas ilustran ciertas situaciones afectivas típicas. Los reyes y las reinas son unas imágenes del padre y de la madre: la mala reina, madrastra de Blanca Nieves, es el aspecto malo de la madre (es sabido que cada niño tiene una madre buena y otra mala: la buena es la mamá amable, que da, nutre y protege; y la mala es la que regaña, castiga y defrauda). Decretar que todo eso son tonterías sería ignorar la realidad de los sentimientos y quizá olvidar la necesidad que siente el niño de recorrer, en el curso de su crecimiento, las etapas de desarrollo de la humanidad misma.

Se puede pensar que los intereses y las emociones del niño corresponden, en profundidad, a los

cuentos que los escritores como Perrault han extraído de la sensibilidad popular.

El papel de las imágenes.

Hay que distinguir dos clases de lectores, los lectores activos y los pasivos. Y dos clases de lectoras, las que solicitan la atención y las que solicitan la imaginación y la inteligencia. Hay que añadir, para el lector infantil, otro elemento: las imágenes.

Las imágenes juegan un papel importante en el libro de los pequeños. Todos hemos leído y admirado los álbumes de "Babar". Estos escapan a la crítica de los adultos porque son bonitos y armoniosos. Interesan a los niños porque les hacen entrar en la intimidad de animales simpáticos como por ejemplo los elefantes, a los cuales su inimitable trompa y sus grandes colmillos confieren siempre un gran prestigio. Estas narraciones contienen una



múltitud de detalles concretos que gustan a los pequeños.

En la misma línea, encontramos todas las obras donde el texto y el dibujo son inseparables. Y esto nos conduce de nuevo al clásico TINTIN que creo supera a los "tebeos" ordinarios.

Y otros del mismo género. Estas narraciones les agradan, en primer lugar, porque Tintín siempre reacciona como un auténtico niño, incluso en medio de sus aventuras más sensacionales. El no hace milagros; no dispone de un poder extraordinario, pero es amado por todos, tiene suerte y sus aventuras acaban bien gracias a un concurso de circunstancias inevitablemente favorables. De todo esto resulta una impresión de euforia y optimismo. Lo que hace Tintín, el lector puede imaginar que es capaz de hacerlo él mismo. En Tintín, las imágenes sirven para "desdramatizar" la historia narrada, al limitar el vuelo de la imaginación infantil dándole una especie de soporte. Ellas delimitan la frontera entre la realidad interior y la realidad exterior evitando, así, la angustia que nacería de la confusión entre estas dos realidades. El niño se tranquiliza cuando ve de nuevo, en la página 9, la imagen triunfante del héroe que había visto en malísima situación en la página 8. Gracias al estilo cómico y un poco caricaturesco de las ilustraciones, no toma demasiado por lo trágico los contratiempos que sobrevienen al héroe; su imaginación se encuentra limitada al mismo tiempo que ésta encuentra un soporte concreto.

Al crecer, el niño tiene tendencia a liberarse de estas imágenes y descubre el encanto de relatos más literarios.

Existen libros muy agradables para niños y adultos, a la vez, obras de autores que han escrito para un público que va de 5 a 95 años.

Conclusión.

a) Es indudable que no existen recetas para escribir libros infantiles.

—A los autores les diremos, solamente, que lo mejor es el contacto con el niño en el interior y en el exterior de sí, es decir, mirando vivir al chico y recordando el niño que él mismo ha sido.

—Para los educadores y los psicólogos su papel sería el estudiar lo que gusta a los niños, con el deseo de encontrar en ello la razón de ver a qué necesidades corresponde este placer, a fin de satisfacerles de la mejor manera posible procurándoles la clave de literatura que les conviene mejor.

b) Evidentemente, importa tener en cuenta las diferencias de edad, de naturaleza y de comportamiento; tenemos la obligación de tener en cuenta, igualmente, las circunstancias exteriores, del ambiente familiar, económico, social, etc...

c) Parece que si se les diese el libro que necesitan, todos los niños serían aficionados a leer. Pero, ¿por qué algunos son tan rebeldes a la lectura? Este es un problema que inquieta a los padres porque tienen la impresión de que, si su hijo lee, podría cultivarse incluso aunque sus lecturas fueran de segundo orden.

d) El niño que no ama la lectura es, a veces, de los que poseen una inteligencia concreta y prefieren hacer trabajos manuales. O bien es un chico que tiene todavía dificultades técnicas para leer: le gustaría mucho que le contasen bellas historias, pero no intenta leerlas él mismo. También podría tratarse de niños demasiado emotivos que tienen miedo a lo que ellos van a descubrir en el libro y temen lo que es triste, en particular la evocación de las separaciones que pueden parecer tan trágicas a los adultos, pero que son sentidas por muchos niños como el colmo de la desesperanza. En fin, puede haber niños que desconfían de la imaginación y no les guste más que lo que es verdadero, real, porque eso les parece más sólido, en tanto que las cosas inventadas les hacen creer que se les miente. Esta desconfianza con respecto a la imaginación puede corresponder a una forma de espíritu o expresar una defensa, bien contra las personas mayores, o bien contra las fuerzas interiores instintivas que el chico siente en él.

Por regla general, creemos, sin embargo, que la lectura (incluso la no pedagógica) es educativa; estamos persuadidos de que enriquece al ser y sirve para la formación de la personalidad así como a la maduración de la inteligencia y al desarrollo afectivo. Contribuye a crear, momentáneamente, una aureola maravillosa y protectora alrededor del niño que lee y que es, algunas veces, capaz de abismarse de tal manera en su libro que no oye lo que